

El movimiento argentino de los *piqueteros*

James Petras

Introducción

A lo largo de los últimos veinticinco años, Latinoamérica ha asistido a tres oleadas superpuestas e interrelacionadas de movimientos sociales. La primera oleada, que va aproximadamente de finales de la década de 1970 a mediados de la de 1980, se componía en su mayoría de lo que dio en llamarse «nuevos movimientos sociales». Entre ellos figuraban movimientos de defensa de los derechos humanos, ecologistas, feministas y movimientos étnicos, además de las ONGs. Todos esos movimientos estaban capitaneados en gran medida por profesionales de clase media baja, y su política y su estrategia se centraban en desafiar a los regímenes autoritarios militares y civiles de la época.

La segunda oleada llegó a convertirse en una poderosa fuerza política a partir de mediados de la década de 1980 y hasta el presente. Su composición y su liderazgo eran básicamente de procedencia campesina y de los obreros rurales. Las organizaciones de masas de esta segunda oleada utili-

• Artículo publicado en MR, vol. 53, n° 8, enero de 2002, pp. 32-45. Traducción de Joan Quesada. James Petras lleva 11 años trabajando con el Movimiento de los Sin Tierra brasileño, además de colaborar con el movimiento de los piqueteros argentinos. Es coautor, junto a Henry Veltmeyer, de *Globalization Unmasked: Imperialism in the 21st Century* (Zed Books, 2001) y ha publicado también una selección de cuentos, *Andando por el mundo* (Altamira Publishing Group, 2001). Editorial Hacer publicó en 1995 una larga entrevista con James Petras a cargo de Eduardo Giordano: *Conversaciones con James Petras. La izquierda antes y después de la caída del muro* (Hacer, Barcelona, 1995).

zaban la acción directa para promover y defender los intereses económicos de sus partidarios. Dentro de tales movimientos destacan los zapatistas de México (EZLN), el Movimiento de los Sin Tierra de Brasil (MST), los *cocaleros* y campesinos de Bolivia, la Federación Nacional de Campesinos de Paraguay, las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) y la CONAIE, de los indios y campesinos de Ecuador. La composición, las tácticas y las reivindicaciones de todos esos grupos eran muy variadas, pero los unía su oposición al neoliberalismo y al imperialismo, es decir, al régimen económico neoliberal y a la creciente concentración de la riqueza en manos de las élites locales y extranjeras. Específicamente, su lucha era por la redistribución de la tierra y por la autonomía nacional de las comunidades indias, y combatían la intervención norteamericana a través de programas de erradicación de la coca, de su colonización del territorio mediante bases militares, de su penetración en las instituciones militares y policiales y de la militarización de los conflictos sociales, como en los casos del Plan Colombia y de la Iniciativa Andina.

La tercera y última oleada de movimientos sociales se concentra en las zonas urbanas. Entre los movimientos que la componen figuran el dinámico movimiento de masas de los obreros en paro de los barrios argentinos, el de los desempleados y los pobres de la República Dominicana y el de los habitantes de los suburbios de barracas de Venezuela congregados en torno al estandarte populista del presidente Hugo Chávez. Además de todos esos movimientos urbanos, en Colombia, México, Brasil y Paraguay han surgido también unos nuevos movimientos multisectoriales dedicados a la lucha de masas que integran a obreros rurales y a pequeños y medianos granjeros.

La naturaleza, el funcionamiento y el estilo de acción política de la segunda y la tercera oleadas desafían muchos de los tópicos y los presupuestos de las ciencias sociales liberales de tipo convencional, así como gran parte de la ortodoxia post-marxiana. Por ejemplo, los autores dedicados a los «nuevos movimientos sociales» anunciaban el fin de la política de clase y el advenimiento de unos movimientos culturales y cívicos de «base ciudadana» preocupados por la democracia, la igualdad de género y la política identitaria. Teóricos como Eric Hobsbawm utilizaron argumentos «demográficos» para oponerse a la centralidad de los movimientos campesinos en la lucha política contemporánea, mientras que otros sostenían que la masa de los pobres urbanos, con empleos marginales y fragmentados o alejados de los medios de producción, era incapaz de desafiar al poder político establecido.

La posterior explosión por toda Latinoamérica de movimientos de clase urbanos y campesinos en pos de tierras y de poder político rompía en peda-

zos las ortodoxias que acabamos de mencionar. La idea de que el liberalismo económico y político pondría fin a las luchas ideológicas de masas se evaporó con la aparición de los zapatistas, las FARC y la CONAIE. Todos esos movimientos han organizado asambleas populares para oponerse a décadas de gobierno abusivo, corrupto y reaccionario y, en ese proceso, han definido una nueva forma sustantiva de democracia directa. La acción directa, como principal forma de acción, ha golpeado el corazón de la explotación capitalista y, con frecuencia, ha paralizado la producción y la circulación de mercancías que tan esencial resulta para la reproducción del régimen neoliberal. Y la tesis de Hobsbawm se ha visto refutada por la espléndida exhibición de poder político que representó la toma del Parlamento ecuatoriano protagonizada por los indios en el año 2000, por la enorme influencia de las FARC en casi la mitad de los municipios colombianos y por las demostraciones de fuerza del MST en 23 de los 24 estados de Brasil.

Uno de los movimientos sociales contemporáneos de especial interés e importancia, y tema de este ensayo, es el movimiento argentino de los *piqueteros* o trabajadores en paro. Se trata de un caso que desafía claramente la idea de unos pobres urbanos impotentes y atomizados y que vale la pena estudiar por su carácter innovador y por las explosivas posibilidades que plantea para el resto de la Latinoamérica urbana.

La erupción de los desocupados en Argentina

Uno de los principales argumentos esgrimidos por los marxistas ortodoxos para defender la centralidad de la clase obrera industrial para cualquier transformación social es su ubicación estratégica en el proceso productivo. Así pues, el relativo descenso de dicha clase y el enorme aumento de las masas urbanas subocupadas, desocupadas e informales o «marginales» se ha visto como un desarrollo que retarda o, incluso, imposibilita un cambio social radical. Los marxistas argumentaban que la estructura fragmentaria de los empleos de los pobres urbanos provocaba su atomización, igual que su relativo aislamiento de los medios de producción de la economía limitaba su capacidad para minar el proceso de acumulación. También sostenían que esa masa urbana beneficiaba al capitalismo en la medida en que mantenía bajos los salarios y servía para reducir las demandas de los trabajadores en activo. Irónicamente, algunos científicos sociales de la línea más convencional y algunas ONGs han intentado convencernos de que ese patrón de empleo cambiante es bueno porque ha dotado de una creciente independencia a las masas urbanas gracias a que ha propiciado la aparición de micro-actividades, economías de subsistencia e intercambios recíprocos.

En Argentina, la falta de empleos estables, el descenso del nivel de vida, el creciente descontento social, los cada vez más frecuentes arranques de violencia y el enorme crecimiento de las actividades económicas ilícitas surgidas de los barrios han ridiculizado la idílica imagen del «autoempleo» que pintan los ideólogos de la corriente principal. No obstante, la sofisticada y exitosa organización de lo que se pensaba que eran unos grupos imposibles de organizar ha supuesto también un desafío a la ortodoxia marxista. En agosto de 2001, una movilización de escala nacional de unos grupos bien organizados de trabajadores en paro, con más de cien mil personas, cortaba el tráfico en más de 300 carreteras argentinas y paralizaba la economía, incluido el sector financiero, hasta entonces invulnerable. En los meses y semanas anteriores, la policía federal había dado muerte a cinco *piqueteros* y arrestado a más de 3.000 en enfrentamientos violentos por todo el país. Al mismo tiempo, los trabajadores en paro organizados lograban presionar y asegurar miles de empleos temporales remunerados con el salario mínimo, así como subsidios alimenticios y otras concesiones por parte del Estado, y todo ello sin perder su independencia organizativa. Para septiembre de 2001, los desocupados lograban organizar bloqueos viarios masivos por toda la capital de Buenos Aires, además de una huelga general, en asociación con determinados sectores sindicales, que paralizaba la actividad del gobierno e impedía la entrada a todas las principales fábricas privadas. Es de remarcar que todas esas acciones contaron con el apoyo y, a menudo, la participación de un amplio espectro de ciudadanos y clases sociales, entre los que había comerciantes locales, funcionarios municipales y de la administración provincial, pensionistas, trabajadores de la sanidad pública, maestros y grupos de defensa de los derechos humanos, sobre todo las Madres de la Plaza de Mayo.

Todos esos éxitos espectaculares de época reciente dependieron de varios años de organización paciente y, con frecuencia, frustrante. Los desocupados habían enviado sus peticiones a los gobiernos municipales, estatales y federal. Se habían manifestado pacíficamente. No obstante, al ver cómo todas esas tácticas pasaban ignoradas, los desocupados empezaron a emprender acciones más directas y a ocupar despachos estatales y municipales que, en alguna ocasión, llegaron a incendiar. Los primeros bloqueos viarios y las primeras actuaciones de piquetes multitudinarios se produjeron en dos poblaciones del interior, Cutrol Co y Plaza Huincal, en junio de 1996 y, nuevamente, en abril de 1997. Las manifestaciones movilizaron a miles de personas en protesta contra el recorte de empleos y los cierres de fábricas. A finales de la década de 1990, se producían cortes viarios en los barrios de clase obrera de Buenos Aires en protesta por las altas tarifas eléctricas que

cobraban las empresas privatizadas de electricidad y energía y por los cortes de suministro a los hogares de los consumidores en paro que no podían pagar las facturas. Para el año 2000, se celebraban manifestaciones multitudinarias en las ciudades de Neuquén y General Mosconi, que antes habían sido prósperos centros de producción de petróleo. Cuando la privatización llevó al cierre de centros de trabajo y al paro generalizado, el gobierno incumplió su promesa de financiar empleos alternativos, debido, en gran medida, a los recortes presupuestarios efectuados para cumplir con los requisitos fiscales del Fondo Monetario Internacional (FMI).

Cómo explicar el movimiento

El primer paso para explicarnos el movimiento argentino de trabajadores en paro es situarlo en el contexto del proyecto neoliberal que ha arrasado las vidas de trabajadores y campesinos en toda Latinoamérica. Cuando el gobierno argentino tocó la línea que le habían marcado los ideólogos del libre mercado, empezó a poner en práctica unas políticas cuyos efectos eran bien previsibles. Las empresas públicas se vendieron, y los nuevos propietarios despidieron a miles de trabajadores. Las operaciones que se estimaron poco provechosas, incluidos los centros mineros y energéticos, se cancelaron, lo que dio lugar a ciudades casi fantasmas en las que todos los sectores socioeconómicos quedaban adversamente afectados. A los empleados públicos se les rebajaron los salarios y las condiciones laborales, y muchos de ellos fueron despedidos. Miles de funcionarios públicos pasaron meses sin recibir su salario. Se atacó a los sindicatos y muchos de sus afiliados fueron despedidos. Los servicios sociales quedaron drásticamente recortados, lo que afectó a los pensionistas y a todos cuantos no pudieran permitirse el pago de la escuela o la sanidad privadas. La entrada de capitales extranjeros dio lugar a una fuerte especulación, que provocó la quiebra del sector financiero y la salida del país de 130.000 millones de dólares de la burguesía argentina (el equivalente a la deuda pública de la nación). En 1997 se iniciaba una recesión que, en el año 2001, se había convertido en una depresión propiamente dicha. Dependiendo del lugar, entre un 30 y un 80% de la fuerza de trabajo se encuentra actualmente subempleada o desempleada. En la metrópolis de Buenos Aires, las cifras de paro oficiales, de entre un 16 y un 18%, se doblaron con rapidez. La mayoría de los trabajadores en activo se vio forzada a sobrevivir con empleos temporales y precarios. En los grandes barrios suburbanos de clase obrera, el desempleo llegaba al 30-50%. En todas partes, la gran mayoría de los hogares estaban por debajo de la línea de la pobreza, ya de por sí exigua.

Las dificultades económicas se exacerbaban a causa de las condiciones políticas. Los tres presidentes más recientes (Raúl Alfonsín, Carlos Saúl Menem y Fernando de la Rúa) no sólo entregaron las «joyas familiares» de la economía a capitalistas argentinos y extranjeros a precios mínimos de ganga y revirtieron agresivamente la legislación social existente, sino que, además, exoneraron a los cargos militares responsables de 30.000 muertes y desapariciones. Para calmar a los pobres, los dos partidos principales, radicales y peronistas, distribuían de vez en cuando cestas de comida y trabajo entre sus leales seguidores, aunque estas resultaban completamente insuficientes.

Todas esas circunstancias económicas, sociales y políticas coincidieron con unas oportunidades favorables para la creación de organizaciones de masas. Podemos distinguir entre las condiciones relativamente objetivas que favorecieron la organización y las propias estrategias conscientes de organización. Entre los factores objetivos de carácter propicio figuraban los siguientes: (1) existía una alta concentración de obreros industriales en paro, de jóvenes sin experiencia laboral alguna y de mujeres cabeza de familia en barrios casi segregados y relativamente homogéneos; (2) en los barrios había gran cantidad de obreros industriales en paro con experiencia sindical y familiarizados con la lucha colectiva; (3) el carácter prolongado de la crisis había devastado los hogares hasta el punto de activar a una cantidad desproporcionada de mujeres militantes (lo mismo puede decirse de los adolescentes, la mayoría de los cuales no tenían experiencia laboral anterior y se enfrentaban a un futuro poco esperanzador); y (4) los barrios están ubicados en las inmediaciones de las principales vías por las que circulan las mercancías y los trabajadores que trabajan fuera de su localidad y que unen las principales ciudades entre sí y atraviesan las fronteras nacionales.

Por supuesto, no basta con que las circunstancias sean favorables. Las organizaciones tienen que responder con las estrategias y las tácticas adecuadas. El éxito actual del movimiento de los *piquetero* en Argentina se debe al hecho de que este ha aprendido la lección de la experiencia para evitar los escollos del pasado gracias a una organización independiente dentro de los barrios, autónoma tanto con respecto a la burocracia sindical, como a los partidos electorales y al aparato del Estado. Los sindicatos, en particular la Confederación General del Trabajo (CGT), estaban controlados por un grupo fácilmente sobornable de dirigentes represivos y bien remunerados, fuertemente alineados con el régimen de Menem y poco dispuestos a enfrentarse al gobierno de De la Rúa o a sus políticas regresivas. Todo el mundo —tanto el régimen como los trabajadores— entendía que las denuncias oca-

sionales e, incluso, las huelgas generales eran rituales simbólicos de escasa significación que servían para «echar un poco de humo» antes de adoptar una postura sumisa. Los anteriores intentos, poco convencidos, de los sindicatos para organizar a los trabajadores en paro habían sido un fracaso, incluso en el caso de los «sindicatos militantes». A pesar de incluir en sus programas la exigencia de organizar a los desempleados, todos los sindicatos concentraban sus esfuerzos en la defensa de sus afiliados, que pagaban sus cuotas, y en sus luchas sectoriales particulares. En aquellos lugares en los que los trabajadores en paro se encontraban ya efectivamente organizados, estos solían servir de socios «auxiliares» en manifestaciones de un día y su impacto en las reformas de la economía y del empleo era notablemente escaso. Lo mismo podía decirse de los partidos políticos, que, además de la represión directa, habían arrojado unas cuantas migajas a los trabajadores en forma de patrocinio y habían cooptado a la dirección de los obreros.

Por lo tanto, de importancia fundamental para el éxito de la nueva organización de los desocupados fue su rechazo de la política clientelista de los dirigentes de los partidos electorales y de los burócratas sindicales y el hecho de depender de su propia autoorganización y de la acción directa. El Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) se inició como un movimiento popular organizado y liderado por personas del barrio y del municipio, un carácter que sigue manteniendo. El MTD posee una estructura organizativa muy descentralizada. Cada municipio posee sus propias organizaciones en función de los barrios que incluye dentro de sus límites. Dentro de un barrio, cada área, formada por un conjunto de bloques, tiene sus activistas y sus líderes informales. Cada municipio se organiza por medio de una asamblea general en la que participan todos los miembros activos. Cuando se escoge una carretera o una arteria principal, la asamblea organiza el apoyo al bloqueo dentro de los barrios. Cientos, o incluso miles, de mujeres, hombres y niños toman parte en el bloqueo y plantan tiendas y comedores en los márgenes de la carretera. Si la policía los amenaza, acuden cientos de personas más de los suburbios adyacentes. Si el gobierno decide negociar, el movimiento exige que las negociaciones se realicen con todos los *piqueteros* que participan en el bloqueo. Las decisiones las toma la asamblea en el mismo enclave en que tiene lugar la acción.

La experiencia ha enseñado a los *piqueteros* a desconfiar del hecho de enviar delegados, aunque se trate de personas militantes de la localidad, a negociar individualmente en los despachos gubernamentales, ya que, tal y como declaraba uno de sus líderes, «los compran ofreciéndoles un empleo». Una vez que se han asegurado del cumplimiento de sus demandas —nor-

malmente, una cuota de empleos temporales financiados por el Estado—, la distribución de los empleos se realiza por decisión colectiva según criterios prefijados de necesidades familiares y de participación activa en los bloqueos. La asignación de los empleos se lleva a cabo de forma rotativa en los casos en los que existen menos puestos de trabajo que personas desocupadas. Una vez más, la experiencia ha enseñado a los *piqueteros* que, cuando los que negocian y distribuyen los trabajos son líderes individuales, estos tienden a favorecer a sus familias, amigos y demás, y se convierten en caudillos con una maquinaria de patrocinio que corrompe el movimiento.

La táctica de los cortes viarios tiene una importancia igualmente central para el éxito del MTD. Es el equivalente funcional de los trabajadores que deponen las herramientas de producción. Paraliza la circulación de bienes, tanto de los abastecimientos necesarios para producir como de la producción destinada a los mercados domésticos o internacionales. Los cortes de tráfico suponen además un acontecimiento estimulante que se desarrolla cerca de los barrios. Los que los organizan, trabajadores locales como Pepino, Hippie o Piquete en la población de General Mosconi, son los que muestran más valor a la hora de hacerse oír y plantear sus reivindicaciones. Las personas ordinarias defienden sus discursos, pero tienen miedo de hablar, aunque sí se implican masivamente a la hora de apoyar los bloqueos de vías cercanas y fácilmente accesibles y se ocupan de que los gendarmes no detengan a sus líderes. Pasan de sufrir pasivamente la pobreza, la desorganización social y la manipulación oportunista a formar parte activa de un poderoso movimiento de solidaridad dedicado a la organización social autónoma del pueblo y a una política independiente.

A la reivindicación más inmediata del movimiento de desocupados de empleos financiados por el Estado y localmente administrados le siguen también otras reivindicaciones: la distribución de lotes de alimentos, la liberación de los centenares de militantes desocupados que hay en las cárceles, así como todo un conjunto de inversiones públicas en suministros de agua, pavimentación de carreteras e instalaciones sanitarias. La reivindicación de empleos va más allá de los meros trabajos temporales de subsistencia e incluye la demanda de trabajos estables con un salario que permita vivir. En General Mosconi, los líderes del movimiento han planteado más de 300 proyectos —algunos de los cuales están funcionando con éxito— para obtener comida y empleo, entre los que figuran una panificadora, huertos biológicos, plantas de purificación de aguas y clínicas de primeros auxilios en los barrios, entre muchos otros. La población la gobierna de facto el comité local de desocupados, ya que los cargos locales municipales han quedado desplazados. En algunos barrios de clase obrera, el movimiento de desempleados ha crea-

do zonas casi liberadas en las que el poder de movilización neutraliza o supera al de los cargos locales y es capaz de desafiar a los regímenes estatal y federal en las cuestiones particulares que se plantean. La aparición de una «economía paralela» de escala limitada en General Mosconi sirve de base para preservar el apoyo popular entre los episodios de lucha, así como demuestra la capacidad de los desocupados para tomar las riendas de sus vidas, de sus barrios y de su sustento.

Además de las reivindicaciones locales e inmediatas, el MTD ha exigido que se ponga fin al pago de la deuda y a los programas de austeridad, que se dé marcha atrás en el modelo neoliberal y que se recupere un desarrollo económico regulado y financiado por el Estado. A principios de septiembre de 2001, se celebraron en Matanza y La Plata dos reuniones nacionales de grupos de desocupados. Las reuniones concentraron a dos mil delegados de docenas de grupos de desocupados, así como de grupos sindicales, estudiantiles, culturales y de ONGs. El objetivo era coordinar sus actividades, compartir ideas y forjar un programa y un plan de lucha de ámbito nacional. La asamblea de delegados reunida en La Plata acordó seis reivindicaciones inmediatas: (1) la derogación de las políticas de ajuste estructural, de las políticas de déficit cero y del proceso judicial contra los activistas detenidos y otros activistas; (2) la retirada del presupuesto de austeridad; (3) la defensa y la ampliación de los planes públicos de ocupación y de las asignaciones alimenticias a todos los parados mayores de 16 años y la creación de un registro masivo de desempleados controlado por las organizaciones de desocupados presentes en la asamblea; (4) el pago de cien pesos (1 peso equivale a un dólar) por hectárea a los pequeños y medianos granjeros para que puedan plantar en sus campos; (5) la prohibición de los despidos; y (6) la retirada inmediata de los gendarmes de la población de General Mosconi.

Para respaldar sus reivindicaciones, la asamblea convocó dos cortes via-rios de escala nacional en septiembre. Además, adoptó cinco objetivos estratégicos: (1) la suspensión del pago de una deuda exterior ilegítima y fraudulenta; (2) el control público de los fondos de pensiones; (3) la renacionalización de los bancos y de las empresas estratégicas; (4) la condonación de las deudas de los pequeños granjeros y unos precios sostenibles para sus productos; y (5) la expulsión de los regímenes responsables del hambre y de cualquier otra recombinación de sus políticos. La asamblea se cerró con la convocatoria de una huelga general de 36 horas y de un comité nacional para coordinar las actividades con la confederación sindical disidente Central de Trabajadores Argentinos.

El futuro del movimiento

El MTD se ha convertido en Argentina en una fuerza con la que es necesario contar. Se ha extendido rápidamente hacia el exterior desde Salta, Jujuy y Matanzas, hasta alcanzar los cinturones suburbanos devastados por la pobreza que rodean las ciudades de Buenos Aires, Córdoba y Rosario, así como las «ciudades fantasma» del interior. Las organizaciones locales han creado federaciones nacionales, tal y como ponen de manifiesto los dos congresos nacionales que acabamos de comentar. Su éxito se basa en la movilización de centenares de miles de trabajadores sin empleo, en la energía que aporta a miles de activistas sindicales, en la inclusión en el movimiento de mujeres y adolescentes como participantes activos (quizás un 60% por ciento de los participantes sean mujeres) y en el hecho de haber conseguido ciertas concesiones tangibles (aunque limitadas) por parte del régimen. La fuerza del movimiento, no obstante, sigue estando principalmente en el nivel local, y se basa en lazos vecinales, en la confianza mutua y en el planteamiento de reivindicaciones concretas. Su principal atractivo sigue siendo el hecho de que el MTD es un catalizador de la acción —directa— en una sociedad extenuada por las incesantes políticas de ajuste estructural (SAP en sus siglas inglesas [Structural Adjustment Policies]), por los recortes presupuestarios, por los múltiples empleos mal remunerados, por la corrupción e impotencia del Congreso y por la naturaleza elitista y autoritaria del brazo ejecutivo. Los trabajadores en paro son el único polo de oposición a todo ello, y el MTD cuenta con la única táctica efectiva: el bloqueo viario prolongado hasta que se ven cumplidas las reivindicaciones.

Según ha ido creciendo en número y en capacidad de acción, el movimiento ha ido estableciendo alianzas con los estudiantes universitarios, los sindicatos disidentes, los grupos de defensa de los derechos humanos y pequeños partidos de izquierda. Las alianzas tácticas más significativas son las forjadas con los sindicatos del sector público (ATE) y con los sindicatos locales de profesores. Las Madres de la Plaza de Mayo también le han otorgado su apoyo moral y han movilizado a sus partidarios, igual que toda una cantidad de organizaciones estudiantiles universitarias de izquierdas. Sin embargo, en todas las actuaciones conjuntas, sobre todo en las emprendidas con los sindicatos, los movimientos de desempleados han guardado celosamente su bien ganada autonomía y su libertad de actuación. Los movimientos de desocupados han rechazado las intervenciones demagógicas de los políticos convencionales que pretendían capitalizar su creciente poder.

La dinámica y el desarrollo sin precedentes del movimiento de los desocupados y el éxito de sus cortes viarios a la hora de paralizar el tráfico de

mercancías han ido acompañados de serias discusiones y debates sobre los procedimientos a seguir. En esos debates internos del movimiento se han planteado diversas cuestiones fundamentales:

1. El localismo. La fuerza inicial y sostenida de los movimientos se basa en sus fuertes vínculos con sus propias comunidades, barrios y vecindarios. No obstante, dado que el Estado ha respondido ante el movimiento con una violenta represión (incluidos asesinatos, detenciones masivas y ocupaciones militares) y dado que la austeridad económica sigue vigente, a muchos de los activistas les parece evidente que sólo la acción colectiva de ámbito nacional puede ejercer la suficiente presión como para debilitar la violencia del Estado y asegurarse de que el régimen realizará concesiones. Sin embargo, algunos de los líderes que más éxito han tenido a la hora de consolidar la participación popular son reacios a las reuniones y a las organizaciones nacionales y desconfían de ellas. El movimiento de General Mosconi es uno de esos casos. Sus dirigentes se negaron a participar formalmente en las dos reuniones nacionales de principios de septiembre de 2001.

2. Los grupos en competencia. Los orígenes descentralizados del movimiento han sido un elemento necesario e importante para la promoción de las iniciativas y de los líderes locales y para la preservación de la autonomía de los diversos movimientos. Sin embargo, en varios casos han aparecido diferencias políticas y personales que podrían perjudicar la unidad de acción en el futuro. Aunque la mayoría de los movimientos de desempleados rechazan la política electoral, algunos líderes han recibido ofertas para figurar en las listas de partidos de izquierdas, sobre todo en las de la nueva formación denominada el Polo Social. Otras diferencias son las relacionadas con los vínculos que cabría mantener con los sindicatos disidentes mejor establecidos. Aunque son pocos los líderes de los trabajadores en paro que objetarían a cooperar tácticamente, hay muchos que temen que la CTA y la ATE acaben por dominar las acciones y manipulen el movimiento hasta hacerlo encajar dentro de la agenda moderada de los cargos sindicales progresistas. Por ejemplo, en uno de los días en los que se realizaron acciones de ámbito nacional, en el mes de agosto [de 2001], los *piqueteros* influidos por la ATE, permitieron que se despejara vías alternativas mientras bloqueaban las arterias principales. El objetivo de tal concesión era «ganarse» a los trabajadores de clase media que se desplazan cada día para ir a trabajar y realizar un gesto de buena voluntad dirigido al ministro de Trabajo. Muchos de los activistas de los desocupados se oponían a la estrategia de las «rutas alternativas» porque perjudicaban sustancialmente los objetivos de los cortes de carreteras y abrían la puerta a la desmoralización de los desocupados

y a la defunción del movimiento a favor del tradicional estira-y-afloja de los sindicatos.

3. La penetración de los políticos tradicionales. El fuerte empuje que tiene el movimiento procede de su autonomía de acción. Cuando empezaron a sucederse las movilizaciones exitosas, algunos políticos convencionales oportunistas pertenecientes a los partidos de la pretendida oposición (peronistas y demás) intentaron recoger algunas de las reivindicaciones y se ofrecieron como mediadores entre los *piqueteros* con sus promesas de conseguir empleos, así como para dividir al movimiento y ganarse a un sector de este a fin de reconstruir sus filas, después de haberlas reducido. Hasta el momento, el movimiento se ha resistido a los halagos de todos esos demagogos oportunistas. Sin embargo, si la represión se vuelve más severa y las necesidades básicas no se ven satisfechas, acabará por plantearse la posibilidad de elegir drásticamente entre una mayor radicalización política y ceder a la tentación de aceptar la «mediación» de los viejos jefes políticos.

4. Los estudiantes (un aliado tanto como un peligro). Los desocupados convocaron un encuentro nacional para los días 7-8 de septiembre [de 2001]. Sin embargo, a la reunión acudieron también un gran número de grupos estudiantiles, culturales o, incluso, de autoempleo que diluyeron la composición social de la conferencia. Las largas y, a menudo, tediosas presentaciones de los oradores estudiantiles no aportaron gran cosa en cuanto a la claridad del futuro del movimiento. Aunque los delegados de los movimientos mantuvieron de hecho el control y dieron la bienvenida a la participación de los estudiantes y otros grupos, existía una cierta preocupación de que los estudiantes introdujeran las habituales fisuras ideológicas que paralizan la acción. A las aspiraciones sinceras de algunos grupos estudiantiles de «articularse» con los movimientos de trabajadores en paro hay que sumar la arenga que dirigieron los estudiantes a la Asamblea sobre las causas por las que, «en la época actual, la globalización condenaba inevitablemente a los movimientos al fracaso». Los delegados de los desocupados rechazaron unánimemente ese tipo de intervención para pasar a delinear toda una serie de reivindicaciones prácticas, inmediatas y estratégicas. El Movimiento de Desocupados de Lanus llamó la atención sobre la presión que suponían unas alianzas poco saludables después de todas las manifestaciones multitudinarias, y defendieron que los movimientos autónomos de desocupados conservaran su liderazgo.

Todas esas contradicciones, propias del desarrollo del movimiento, apuntan nuevos retos que este debe afrontar. Lo importante no es que existan problemas, sino que existan unas asambleas abiertas en los niveles local,

regional y nacional en las que los desocupados tengan ocasión de debatir y resolver todas esas cuestiones.

Conclusión

Uno de los debates sobre la pérdida de poder del movimiento obrero es el que trata de la proliferación del empleo precario, del crecimiento del sector informal y del aumento del número de trabajadores en paro. Cuando se les pregunta, los líderes sindicales mencionan constantemente las dificultades para organizar a los desocupados, la falta de medios de los desocupados para influir sobre el sistema económico y su falta de interés por la acción colectiva. El aumento masivo de la organización de los desempleados en Argentina pone en cuestión todos esos presupuestos y plantea nuevas cuestiones. La experiencia argentina demuestra que es posible organizar a los trabajadores desocupados y que estos pueden llevar a cabo acciones colectivas, que tienen suficiente influencia como para paralizar el sistema económico y que son capaces de negociar y de lograr concesiones de un modo que las organizaciones sindicales no han sido capaces de alcanzar en los años recientes.

Eso sugiere que el declive del movimiento obrero está menos relacionado con las características propias del desempleo y del trabajo informal y tiene que ver más con la estructura, el enfoque y los dirigentes de los sindicatos. El movimiento de los desocupados se organiza de abajo-arriba, por medio del reclutamiento personal, cara a cara, en los barrios. Los burócratas sindicales ignoran a los trabajadores que no pagan la cuota de afiliación y, en cuestiones de organización, hacen intervenir a los «profesionales». El resultado es que suelen fracasar a la hora de ganarse la confianza de los desocupados y, aún más, cuando de lo que se trata es de organizarlos. En segundo lugar, el movimiento de los desocupados posee una estructura horizontal en la que dirigentes y partidarios proceden de la misma clase y discuten y debaten de igual a igual en unas asambleas abiertas. Los sindicatos son estructuras verticales edificadas en torno a lealtades personales hasta llegar a los burócratas que están en la cúspide, muchos de los cuales tienen salarios comparables a los de los altos ejecutivos empresariales. Los movimientos de desocupados realizan acciones directas prolongadas y negocian sus reivindicaciones de manera colectiva en asambleas abiertas. Las élites sindicales realizan protestas simbólicas y, después, se encierran tras una puerta a negociar con el Estado o con los patronos para alcanzar unos acuerdos que ignoren las preocupaciones más importantes de los trabajadores. A continuación, les «venden» tales acuerdos a sus afiliados o, sencillamente, se los imponen. Como consecuencia, los líderes de los desocupados cuentan con la confianza

y con el apoyo de sus bases, mientras que a los jefes sindicales se los mira con desconfianza, cuando no se los ve como colaboradores activos de un Estado y unos patronos decididos a imponer una política de austeridad.

El mercado laboral, una enorme bolsa de desempleo, plantea un desafío a la convencional forma de organización formal de arriba-abajo con deducción automática de las cuotas. Ningún dirigente sindical está dispuesto a hundir sus zapatos en el barro de las calles sin asfaltar de los suburbios para realizar tareas de organización: Ninguno está dispuesto a asistir a reuniones en lugares improvisados donde se congelan o se abrasan, con niños que lloran y mujeres militantes que exigen comida ya o con jóvenes en paro aburridos de escuchar largos discursos sobre la globalización y el desempleo.

Ningún dirigente sindical se coloca detrás de las barricadas de neumáticos incendiados con un tirachinas en la mano para cortar carreteras y oponerse a los disparos con munición real. Prefieren conseguir una reunión de media hora con el ministro de Trabajo en su despacho para constituir un comité tripartito y discutir cómo se puede suavizar el programa de austeridad y asegurar, así, la gobernabilidad. El hecho es que a casi todos los sindicatos, tal y como están organizados hoy en día, sólo les preocupan sus vínculos electorales con los partidos oficiales, y su existencia es totalmente irrelevante, cuando no un gran obstáculo, para la organización de los trabajadores en paro.

Gracias a la iniciativa y a la inventiva social de los desocupados, por un proceso de ensayo-error, estos han encontrado una forma de presionar al sistema económico mediante el corte de las carreteras que unen los mercados con los centros de producción. El éxito inicial de los cortes viarios realizados por los trabajadores desocupados del sector petrolero de las ciudades fantasma de Neuquen en 1996 se ha extendido por todo el país.

Los bloqueos de carreteras han pasado a ser la táctica generalizada de los grupos de explotados y marginados de toda Latinoamérica. En Bolivia, decenas de miles de campesinos y de comunidades indias han cortado carreteras para reivindicar créditos, infraestructuras, libertad para plantar coca y el incremento del gasto en sanidad y educación. Igualmente, en Ecuador han tenido lugar bloqueos masivos de calles para protestar contra la dolarización de la economía y contra la falta de inversiones públicas en las zonas de montaña. En Colombia, Brasil y Paraguay se han combinado los cortes de carreteras, las marchas y las ocupaciones de tierras como modo de perseguir tanto unas reivindicaciones de carácter inmediato, como unas políticas redistributivas y el fin del neoliberalismo y del pago de la deuda.

Lo que todos esos grupos tienen en común es el hecho de que son grupos no estratégicos para la economía que tienen la capacidad de incidir sobre áreas estratégicas de la misma. Los sectores exportadores, los bancos, la mine-

ría y el petróleo y ciertos sectores manufactureros suponen las principales aportaciones de divisas (necesarias para pagar la deuda) y la principal fuente de ingresos y de beneficios para las élites. La comida se importa, igual que se importan los bienes intermedios manufacturados y los bienes de capital. Desde la perspectiva de la élite que controla el proceso de acumulación, las actividades de los campesinos, los desocupados, los indios, los granjeros, las empresas comerciales locales y los pequeños manufactureros resultan superfluas, prescindibles e irrelevantes para las actividades principales: las exportaciones, las transacciones financieras y las importaciones de bienes de lujo. Pero todo ese flujo de bienes y capitales, para llegar a los mercados, ha de circular libremente por las vías de comunicación. Es aquí donde los «grupos marginales» se convierten en actores estratégicos cuyas acciones interfieren en los circuitos de las élites y entorpecen el proceso de acumulación. Los cortes de carreteras de los desocupados son el equivalente funcional de los paros de las máquinas y de las cadenas producción que realizan los trabajadores industriales: unos impiden la realización de beneficios; otros, la creación de valor. La organización de las masas fuera del sistema fabril demuestra que la estrategia resulta viable cuando se lleva a cabo al margen de las estructuras de los partidos electorales y de los sindicatos burocráticos. La autonomía organizativa resulta crucial en Argentina y en el resto de Latinoamérica. La experiencia demuestra que los nuevos movimientos de masas pueden librar luchas, resistir a la represión violenta y lograr concesiones temporales e inmediatas.

La creación de un comité nacional de coordinación de las organizaciones de desocupados en Argentina, similar a las organizaciones nacionales de campesinos y pequeños granjeros presentes por toda Latinoamérica, demuestra que los movimientos locales pueden llegar a ser nacionales y pueden, en potencia, enfrentarse al Estado.

Aún quedan muchas preguntas por responder. ¿Es posible que todos estos nuevos movimientos se unifiquen para conformar una fuerza política nacional y transformar el poder del Estado? ¿Es posible crear alianzas con los obreros y empleados industriales en activo y con una clase media que se encuentra en una pendiente de descenso para dar lugar a un bloque de poder capaz de transformar la economía? ¿Es posible que las asambleas locales conformen la base de un nuevo socialismo asambleario?

En Argentina, el éxito del movimiento de trabajadores desocupados ha inaugurado una nueva perspectiva para avanzar en la lucha de cara a una prolongada y profunda depresión. Dado el avance de otros movimientos similares de acción directa por toda Latinoamérica, no resulta difícil de imaginar la convergencia de todas esas clases «marginales» para plantear un serio desafío al imperio estadounidense y a sus colaboradores locales.